

Belén Colom

LA GRACIA PERCIBIDA

Abstract

What it is to be graceful? Every day we use adjectives like graceful and ungraceful. When we speak of “Grace” though, we often refer to it from the point of view of the divine, where Grace is one, elusive, and unapproachable. What if we made a Copernican turnaround and thought of grace from out of the multiplicity and subjectivity of the human experience? Would divine Grace remain intact if we were to think of it on the basis of the perceptions of the experience of what is graceful? Would Grace continue to be homogeneous, or would Grace change to several “graces”? Are the ways in which we are presented with Grace relevant to our understanding of the divine Grace? These are some of the questions that this essay poses and tries to answer.

1. ¿La Gracia o las gracias?

Cuando hablamos de Gracia solemos remitirnos a pensar en la Gracia divina por la cual el hombre tiene un acercamiento, una experiencia con lo sagrado. Cuando nos sentimos agraciados, tenemos la sensación de algo especial nos está aconteciendo, algo inexplicable, azaroso, profundo. Pero ¿qué significa experimentar una cercanía con lo divino? Implica percepciones subjetivas que provocan una situación particular en el hombre, es un momento que corta con nuestra cotidianeidad, un momento kairológico, intempestivo que nos resignifica. Cuando acontece una experiencia vivenciada en la carne, hablamos de una percepción de lo divino que pasa por el cuerpo y en ese pasaje deja marcas visibles, es el momento en que el dios se hace presente, a esto Rudolph Otto lo llama “experiencia religiosa” o “experiencia numínica”¹.

Estas experiencias numínicas pueden tenerse independientemente de la creencia en una divinidad concreta. Existen experiencias y percepciones de lo numínico o numinoso. Estas percepciones pueden surgir de experiencias límites, vivencias estéticas o hasta momentos de conmoción. Son motivadores, o motores que impulsan la aparición de dicha experiencia, son como las rocas que se usan para generar chispas y así prender un fuego. Ese fuego es la vivencia de lo numínico. Ahora bien, si pensamos que para que haya fuego, necesitamos no sólo chispa, sino oxígeno y un material inflamable, entonces para que haya percepción de esta vivencia se deben tener en cuenta tres ángulos: el

¹ Cada vez que se refiera a experiencia numinosa, lo haremos recurriendo a la idea de lo numinoso y su experiencia propuesto por Rudolf Otto en R. OTTO, *Lo sagrado*, trad. esp. E.G. Belsunce, Claridad, Buenos Aires 1917.

ángulo divino, el ángulo humano y el ángulo que une a ambos. En el cristianismo podemos llamar Gracia proveniente del Espíritu Santo a este tercer ángulo que funciona como el oxígeno: envuelve a ambos para lograr una combustión, desprendiendo energía que se puede manifestar como llama.

Experiencias como la de vivenciar la Gracia divina o tener una experiencia de lo numínico, pueden ser entendidas como un *incendio*, como aquel momento que el fuego modifica lo que quema, que atraviesa y envuelve abrazando todo lo que toca, dejando una marca de quemadura por donde pasa la llama, que nos imprime y nos conmueve.

Experimentar lo divino es experimentar un momento de Gracia, este es el momento del incendio: cuando lo divino da la chispa a nuestra existencia inflamable y se genera el momento de llama, el momento de Gracia.

Pero, ¿Qué es experimentar la gracia? Es una experiencia particular, singular, sin equivalente a otra. Pero se asemejaría más a una experiencia del tipo sensible como a experimentar los colores o es más bien similar a lo que se percibe cuando experimentamos el amor?

Para experimentar los colores debemos tener un órgano capaz de percibir este tipo de características y a su vez un objeto que posea frecuencias de onda capaces de ser percibidas por el ojo humano. Pero, la Gracia tiene que ver con que una divinidad entrega al hombre un regalo especial, la capacidad de poder sentir su divinidad, por ello es un don que no sólo muestra a lo divino sino que irrumpe a través de otras experiencias (como el sentimiento de continuidad vital, contemplaciones estéticas o experiencias intelectuales)². No tiene que ver con un órgano determinado, ni un objeto concreto que vemos y por el cual la gracia se recibe de manera automática, como sí sucede con el ojo abierto y sano que se encuentra frente a determinada frecuencia de onda, es algo que irrumpe en la cotidianidad. La experiencia de Gracia es una vivencia kairológica, intempestiva, que se asemeja más a experimentar el amor, que el experimentar el color amarillo.

Si entendemos la gracia como un regalo que recibimos, entendemos a la Gracia como una donación, un don ligado a la gratuidad. Generalmente cuando decimos de alguien que es agraciado, nos referimos a ese alguien como alguien afortunado, no como alguien que recibe esa gracia como premio o retribución. Alguien agraciado, es alguien afortunado a quien se le ha dado un regalo (espiritual, físico, genético, etc.) de manera azarosa. Implica una cierta fortuna y a su vez un carácter sorpresivo.

«¿Hemos tenido alguna vez y de veras la experiencia de la gracia? No nos referimos a cualquier sentimiento piadoso, a una elevación religiosa de día de fiesta o a una dulce consolación, sino a la experiencia de la gracia precisamente; a la visitación del Espíritu del Dios Trinitario, la cual se hizo realidad en Cristo, por su encarnación y muerte en cruz. Pero ¿es que se puede tener experiencia de la gracia en esta vida? Afirmarlo, ¿no sería destruir la fe, la nube claroscuro que nos cubre mientras peregrinamos por la vida? [...] Nuestra pregunta, por tanto, no puede ser contestada sencillamente a

² Siguiendo lo propuesto por M. IBÉRICO, *El sentimiento de la vida cósmica*, Lumen, Lima 1939. Donde se proponen a sentimiento de continuidad vital, las contemplaciones estéticas y las experiencias intelectuales como formas de percepción del ser a través de su aparecer.

priori. ¿Habrán tal vez grados en la experiencia de la gracia y serán accesibles los más bajos incluso para nosotros? Preguntémosnos primero: ¿hemos tenido alguna vez la experiencia de lo espiritual en el hombre?» (Rahner 1967, p. 103).

La divinidad entrega el don de la Gracia al hombre, (la razón de porqué elige a unos en un momento, u a otros en otro es desconocida para nosotros, por más que haya autores como Lutero³ o Erasmo⁴ que hayan centrado su atención en el tema de la justificación de la Gracia divina, aquí nos atenderemos a tratar sólo la experiencia de Gracia en sí misma y no así su justificación). Lo característico del momento de Gracia es su intempestividad, es un momento inesperado que irrumpe en la cotidianidad de manera sorpresiva y no equivale a otro momento igual.

Por ello al referirnos a un momento de gracia, no podemos más que aludir a un momento propio, donde hayamos experimentado la Gracia, donde nos hayamos sentido agraciados. Como la experiencia de gracia, en tanto es única, singular e irrepetible, no puede expresarse completamente, ni ser equivalente a otra, ni transferible, debemos remitirnos a alguna experiencia propia en la que nos hayamos percibido agraciados para poder comprender de qué hablamos cuando hablamos de una experiencia de Gracia.

«Busquemos nosotros mismos, en la consideración de nuestra vida, la experiencia de la gracia. No para decir: aquí está; la tengo. No se la puede encontrar para reclamarla triunfalmente en propiedad y posesión. Sólo se la puede buscar olvidándose a sí mismo, sólo se la puede encontrar buscando a Dios y entregándose a Él con amor desinteresado, sin retornar a nosotros mismos. Pero, de cuando en cuando, se debe preguntar si vive en uno algo así como esa experiencia mortal y vivificante, para medir lo lejos que está el camino todavía y cuán lejos vivimos de la experiencia del Espíritu Santo en nuestra llamada vida espiritual. Grandis nobis restat via. Venite et gustate quam suavis sit Dominus. (Largo es el camino ante nosotros. Venid y gustad las caricias del Señor)» (Rahner 1967, p. 107).

¿Hay una o diferentes formas de la Gracia? Nosotros partiremos de la experiencia para pensar esta pregunta. Podemos decir que como hay diversas formas de percepción y de experimentar lo numínico, también podríamos decir que hay diversas formas de experimentar la Gracia divina. Son ejemplo de ello los místicos quienes tuvieron algún momento una experiencia especial de cercanía con la divinidad, independientemente de la religión que se profese o la forma en que les haya acontecido dicha vivencia, y luego trataron de comunicarlo al mundo, por más que dicha tarea sea una ardua tarea. Entonces, hay experiencias de gracia; pero, ¿Son todas iguales? Si recurrimos a ejemplos más cotidianos, podemos ver que nuestras percepciones no solo dependen del objeto a percibir, sino de nuestro propio sistema perceptivo, nuestra disposición, el ambiente en el que nos encontramos, las circunstancias personales, etc. Por lo cual nuestras experiencias y percepciones de dichas experiencias son diversas, aunque estemos todos frente al mismo objeto. Lo mismo sucede con la Gracia divina, esta Gracia, que es el fuego, espíritu, divinidad que se nos presenta, es una pero la percepción que habrá de ella será múltiple, heterogénea y diversa. La Gracia es una pero su percepción se da de

³ Véase M. LUTERO, *Sobre la libertad esclava*, trad. esp. L.F. Mateo-Seco, Magisterio Español, Madrid 1978.

⁴ Véase ERASMO DE ROTTERDAM, *Discusión sobre el libre albedrío*, trad. esp. E. Rivas, El cuenco de plata, Buenos Aires 2012.

múltiples formas, ya que al ser una experiencia, única personal e intransferible, habrá tantas percepciones de ella como percipientes existan. Por ello cuando hablamos de la Gracia o las gracias no nos referimos a lo mismo. ¿Cuál es la diferencia? Ella radica en pensar a la Gracia expedida por lo divino o pensarla desde la percepción humana, referimos al mismo “objeto” pero desde ángulos de análisis diversos.

Cuando hablamos del amor, decimos que el Amor es uno pero cada uno lo percibe de manera diversa, a esto es a lo que nos referimos con la Gracia y las gracias, a esta misma multiplicidad que se sucede de nuestras propias limitaciones perceptivas, nuestra propia finitud y nuestra subjetividad. Si hablamos de la Gracia en singular nos referimos a la Gracia divina, que es una sola y pero al ser experimentada en la vida humana se la percibe de diversas formas, por lo cual inevitablemente se multiplica, no en tanto división y repartición de sus partes, sino en que se la percibe de múltiples maneras. La gracia es plural en el ámbito humano, no así en lo divino, por lo que cuando hablemos de gracias, nos referimos a la percepción múltiple de la Gracia. Ahora bien, si no podemos abordar a la Gracia divina, en su unicidad y completud por nuestras propias limitaciones, donde el único acceso que tenemos a nuestra disposición es a través de las “gracias”, no nos queda más que centrarnos en el Ser de la Gracia a partir de su aparecer en las distintas formas de la experiencia. Pensamos al ser desde su aparecer⁵.

Si retomamos nuestro lenguaje cotidiano podríamos tratar de pensar en cómo y en qué circunstancias hablamos de las personas en tanto agraciadas. Si decimos de alguien que posee belleza, creatividad, inteligencia, alegría, etc. decimos de esa persona que es agraciada. Consideramos que alguien creativo nació con esta característica particular, fue agraciado con el don de la creatividad. En este sentido cuando, en el lenguaje cotidiano, hablamos de alguien agraciado, nos referimos a alguien que posee una característica o experiencia particular obtenida de manera gratuita y azarosa.

Por negación la des-gracia es algo inesperado, no merecido y terrible que le acontece a alguien, quien de esta manera se convierte en un des-graciado. Ambos conceptos hacen una referencia al azar, en tanto que una des-gracia fue algo inesperado, inoportuno, sin causa aparente. Así como el agraciado, el desgraciado no merece lo que le sucede, no sabe por qué o cuál es la causa de su des-gracia.

Podemos decir, según lo visto anteriormente, que todo aquello a que denominamos gracias (amor, vida, creatividad, belleza, etc) son distintas formas de expresión en lo humano de la Gracia divina. Estas gracias no son más que diversas formas que adopta lo divino para hacer presente su Gracia.

2. La experiencia a partir de los qualia

¿Cómo analizar, comparar o medir la experiencia o percepción de la Gracia? Para responder a este interrogante, en primer lugar debemos pensar en poner un ejemplo con el cual poder pensar, ya que como las experiencias de Gracia son múltiples, hay infinidad

⁵ Véase el texto de M. IBÉRICO, *La aparición: Ensayos sobre el ser y el aparecer*, Santa María, Lima 1950.

de maneras de percibirla. Para ello tomaremos el ejemplo del enamoramiento como experiencia de Gracia. Ya que, por lo argumentado anteriormente, es una forma de experiencia que se asemeja mucho más al tipo de percepción de la Gracia, que el tipo de la percepción de un sonido o un color.

Dentro del ámbito de la filosofía de la mente, podemos encontrar un concepto, que puede ayudarnos a comprender la complejidad de las percepciones en la experiencia. Este concepto es el de *qualia*. Qualia son las propiedades intrínsecas de la experiencia tales como: percepciones, sensaciones corporales, emociones y estados de ánimo; son propiedades fenoménicas de la experiencia accesibles por la introspección.

«Qualia are the subjective or qualitative properties of experiences. What it feels like, experientially, to see a red rose is different from what it feels like to see a yellow rose. Likewise for hearing a musical note played by a piano and hearing the same musical note played by a tuba. The qualia of these experiences are what give each of them its characteristic “feel” and also what distinguish them from one another. Qualia have traditionally been thought to be intrinsic qualities of experience that are directly available to introspection. However, some philosophers offer theories of qualia that deny one or both of those features» (Kind 2016).

La Gracia es la experiencia numínica, es lo divino que se presenta en lo humano; en cambio las gracias, son nuestras percepciones de las experiencias de la primera. Esta relación podemos explicarla a través de las características del qualia. Para explicar mejor a qué nos referimos cuando hablamos de Qualia, remitiremos a la definición que propone Daniel Dennett: «So, to summarize the tradition, qualia are supposed to be properties of a subject’s mental states that are, ineffable, intrinsic, private, directly or immediately apprehensible in consciousness» (Dennett 1988, p. 5).

Por lo cual, definiríamos qualia a las propiedades (inefables, intrínsecas, privadas y directamente o inmediatamente aprehensibles por la conciencia) de los estados mentales de un sujeto al tener una experiencia. Son los caracteres subjetivos que dan la particularidad a la experiencia. No hablamos de la experiencia en sí misma, sino de nuestra percepción de dicha experiencia, estos son los qualias. Al tener una experiencia determinada, el sujeto se encuentra en un determinado estado mental; este estado mental, (particular del sujeto en el momento de la experiencia), cuenta con cuatro propiedades que se le atribuyen a los qualia:

- Es inefable en tanto la experiencia vivida no puede ser comunicada en su completud o aprehendida por alguna otra experiencia.
- Es intrínseca ya que sus características solo dependen de la experiencia tenida y no varían de acuerdo a las relaciones de dicha experiencia con otras cosas.
- Es privada porque cualquier comparación interpersonal de los qualia (lo percibido de una experiencia) no es posible, ya que una experiencia y lo percibido de ella no pueden ser trasladadas a otro y por ello hacer una comparación de ellas no tiene sentido alguno.

- Directa o inmediatamente aprehensibles en la conciencia. Esto quiere decir que experimentar la percepción de una experiencia (qualia), implica saber que uno está experimentando un qualia, y saber esto es saber acerca del qualia⁶.

Por lo tanto, qualia es aquello que hace que una experiencia sea percibida por un sujeto de manera inefable, intrínseca, subjetiva y privada. Estas propiedades de la percepción de una experiencia son a lo que llamamos qualia, por lo cual si una experiencia es percibida pero es factible comunicarla en su completud y otro puede aprehenderla de igual manera, entonces ya no estaríamos hablando de qualia.

Si estamos de acuerdo en que la experiencia de la Gracia pasa por un ámbito de interioridad que involucra percepciones, sensaciones corporales, emociones, estados de ánimo, y refiere al carácter fenoménico de la experiencia numinosa de la gracia, entonces estamos también de acuerdo en que la experiencia de Gracia también está conformada por qualias y es por ello que decimos que la Gracia desde lo humano siempre es múltiple, heterogénea, singular y subjetiva. Nosotros sólo percibimos el aparecer de la gracia en nuestra experiencia concreta, no podemos percibir el Ser de la Gracia en su completud. Entonces, nosotros, en tanto seres limitados por nuestras capacidades perceptivas, nuestros qualia, y nuestras limitaciones cognitivas y sensoriales, no podríamos nunca hablar de la Gracia divina en sí misma.

«Los místicos, sin embargo, nos dicen -y estarían dispuestos a testificar con su vida la verdad de su afirmación- que ellos han tenido experiencia de Dios y, por tanto, de la gracia. Pero el conocimiento experimental de Dios en la mística es una cosa oscura y misteriosa de la que no se puede hablar cuando no se ha tenido, y de la que no se hablará si se tiene» (Rahner 1967, p. 103).

La experiencia numinosa de la Gracia es incomunicable. Sólo podemos hablar de lo divino a través de nuestra experiencia personal y nuestra representación e interpretación de ella, y aún así sigue siendo inefable. No hay otra forma de hablar de la Gracia divina que de manera completamente mediatizada por nuestras experiencias y percepciones de dichas experiencias.

Thomas Nagel, filósofo de la mente contemporáneo, propone un ejemplo con los murciélagos para comprender mejor la idea de qualia en uno de sus textos titulado *¿Qué se siente ser un murciélago?* (2000). Alega que para los murciélagos el mundo se construye de manera diversa al nuestro debido a su percepción y capacidades particulares, al igual que nosotros construimos nuestro mundo a partir de nuestras percepciones. Siguiendo la idea que el autor propone, todos podríamos imaginar, o intentar imaginar, lo que podría sentir un murciélago, pero eso no equivale a tener la experiencia directa y subjetiva que tiene un murciélago, ni conocer la intimidad subjetiva de su existencia. A través de nuestra empatía, imaginación y percepciones tenidas con anterioridad, podemos llegar a hacernos a la idea de qué sentiría un murciélago, pero eso no implica que percibamos y

⁶ Características extraídas del texto de D. DENNETT, *Quining Qualia*, en A. MARCEL-E. BISIACH (eds.), *Consciousness in Modern Science*, Oxford University Press, Oxford 1988. Obtenido de <http://cogprints.org/254/1/quinqual.htm>.

tengamos la experiencia de ser murciélagos. Esto que hace que la percepción de una experiencia sea única e intransferible, son los qualia.

«The physiology of bats is radically different from the physiology of human beings, and the way they interact with the world is radically different from the way that we interact with the world. What we do via vision, they do via echolocation (sonar). We detect objects by sight; bats detect objects by sending out high-frequency signals and detecting the reflections from nearby objects. Because this way of perceiving the world is so different from our own, it seems that their perceptual experiences must be vastly different from our own – so different, in fact, that Nagel argues that it is unimaginable from our perspective. We, who are not bats, cannot know what it is like to be a bat. Qualia are inherently subjective, and as such, Nagel argues that they cannot be accommodated by physicalism» (Kind 2016).

Según Nagel si sabemos que toda experiencia se caracteriza por su subjetividad, y que no es trasladable, ni comunicable en completud a otros, cada vez que intentemos hacerlo, objetivando, conceptualizando, abstrayendo y alejando lo que se comunica de la percepción vivida, en realidad en vez de acercarnos a la experiencia no hacemos más que alejarnos de ella: «Si el carácter subjetivo de la experiencia sólo se comprende plenamente desde un punto de vista, entonces cualquier cambio en busca de mayor objetividad, esto es, menos vinculando con un punto de vista específico, no nos acerca a la naturaleza real del fenómeno: nos aleja de ella» (Nagel 2000, p. 289).

Por ello hablar de manera objetiva de algo que se caracteriza por su subjetividad, no tendría mucho sentido. Por ello cuando Rahner (1967) intenta retomar la experiencia del espíritu, aquel momento en que el hombre se encuentra con la divinidad a través de la Gracia, no describe su propia experiencia, sino que recurre a la interrogación del lector para que este pueda buscar y recordar en sus propias experiencias vividas para poder rememorar algún momento en que haya vivido la Gracia divina.

«¿Pero dónde está la verdadera experiencia? Intentemos nosotros mismos descubrirlo en nuestra propia experiencia. Sólo se puede tal vez aludir tímida y cautelosamente a algunas cosas. ¿Nos hemos callado alguna vez, a pesar de las ganas de defendernos, aunque se nos haya tratado injustamente? [...] ¿Hemos sido alguna vez buenos para con un hombre cuando no respondía ningún eco de agradecimiento ni de comprensión, y sin que fuéramos recompensados tampoco con el sentimiento de haber sido “desinteresados”, decentes, etc.? Busquemos nosotros mismos en esas experiencias de nuestra vida, indaguemos las propias experiencias en que nos ha ocurrido algo así. Si las encontramos, es que hemos tenido la experiencia del espíritu a que nos referimos. La experiencia de la eternidad, la experiencia de que el espíritu es más que una parte de este mundo temporal, la experiencia de que el sentido del hombre no se agota en el sentido y dicha de este mundo, la experiencia del riesgo y de la atrevida confianza que no tiene ya ningún fundamento visible, deducido del éxito de este mundo» (Rahner 1967, p. 105).

Aquí no se mata la experiencia subjetiva de la Gracia, sino que se remite a la subjetividad particular de cada lector para que siguiendo los qualia de su propia percepción de la experiencia.

A través de la gracia es posible experimentar la presencia divina, por lo que podemos decir que podemos sentir al Dios vivo, en nuestra existencia como vivientes. ¿Entonces por qué retraerlo a la abstracción en conceptos muertos y objetivos, si lo que se proclama con las Gracia divina es la presencia del Dios en la particularidad de sus

criaturas vivientes? La percepción subjetiva de la Gracia divina, no es la percepción del primer motor inmóvil aristotélico, que no tiene nada de viviente, sino que es la percepción de una divinidad viva y presente en la existencia humana: «No puede ser aplicada al ser simplícimo y abstractísimo, al primer motor inmóvil e impassible, al Dios Razón que ni sufre ni anhela, sino al Dios biótico, complejísimo y concretísimo, al Dios que sufre y anhela con nosotros, al Padre de Cristo, al que no se puede ir sino por el Hombre, por su Hijo» (Unamuno 1984, p. 107).

Si proclamamos que creemos en un Dios de vivos y no de muertos⁷, entonces la mejor forma de buscarlo sería en lo vivo, múltiple, heterogéneo, singular, y no en lo muerto, estático, objetivo o cristalizado. Es un Dios, no del concepto sino de la experiencia, un Dios viviente en la experiencia humana a través de diversas percepciones de la Gracia. Nuestra razón tiende a objetivar, cerrar y limpiar la subjetividad y la multiplicidad, por ello es que cuando hablamos de Gracia, hablamos de una sola, pero lo que hace aún más grande este concepto es la capacidad de la divinidad de hacerse múltiple sin degradarse, ni quebrarse, ni contradecirse. La multiplicidad de percepciones y experiencias numinosas y de Gracia sólo muestran e incrementan la inmensidad, la inconmensurabilidad e inefabilidad de la Gracia divina, y del mismo Dios. Como dice Unamuno, el misterio de Dios se conservará intacto e impassible en toda su infinita potencialidad a pesar de todos los interminables golpes de la razón que incansablemente buscan objetivarlo. «Pero el Dios lógico, racional, el ens sùmmum, el primum movens, el Ser supremo de la filosofía teológica, aquel al que se accede mediante las famosas tres vías, no es más que una idea de Dios, un Dios muerto» (Unamuno 1984, p. 103).

Como dice Nietzsche (1972), hemos caído en la cristalización de los conceptos, hemos hecho “morir” a las experiencias de Gracia y su esencial subjetividad y las hemos vuelto momias sin vida, sólo centrándonos en la Gracia divina que es inaccesible de no ser por las experiencias subjetivas de nuestra humanidad. Nos olvidamos que lo esencial de la Gracia divina es presentarse a la existencia humana, en su percepción, para que experimente la cercanía con la divinidad y no su lejanía objetiva.

«De modo que sepamos utilizar en provecho del conocimiento cabalmente la diversidad de las perspectivas y de las interpretaciones nacidas de los afectos. A partir de ahora, señores filósofos, guardémonos mejor de la peligrosa y vieja patraña conceptual que ha creado un “sujeto puro del conocimiento, sujeto ajeno a la voluntad, al dolor, al tiempo”. Existe únicamente un ver perspectivista, únicamente un “conocer” perspectivista; y cuanto mayor sea el número de afectos a los que permitamos decir su palabra sobre una cosa, cuanto mayor sea el número de ojos distintos que sepamos emplear para ver una misma cosa, tanto más completo será nuestro “concepto” de el y más completa será nuestra “objetividad”. Pero eliminar en absoluto la voluntad, dejar en suspenso la totalidad de los afectos, suponiendo que pudiéramos hacerlo: ¿cómo?, ¿es que no significaría eso castrar el intelecto?» (Nietzsche 1972, p. 175).

⁷ Véanse citas bíblicas en *Marcos* 12:27, y *Lucas* 20:38.

Bibliografía

- D. DENNETT (1988), *Quining Qualia*, en A. MARCEL-E. BISIACH (eds.), *Consciousness in Modern Science*, Oxford University Press, Oxford 1988. Obtenido de <http://cogprints.org/254/1/quinqal.htm> (04 de 20 de 2016).
- M. IBÉRICO (1939), *El sentimiento de la vida cósmica*, Lumen, Lima 1939.
- M. IBÉRICO (1950), *La aparición: Ensayos sobre el ser y el aparecer*, Santa María, Lima 1950.
- A. KIND (2016), *Qualia*, en *Internet Encyclopedia of philosophy*, <http://www.iep.utm.edu/qualia/> (25 de 04 de 2016).
- M. LUTERO (1978), *Sobre la libertad esclava*, trad. esp. L.F. Mateo-Seco, Magisterio Español, Madrid 1978.
- T. NAGEL (2000), *¿Qué se siente ser un murciélago?*, en ID., *Ensayos sobre la vida humana*, trad. esp. H. Islas Azaís, Fondo de cultura económica, México 2000.
- F. NIETZSCHE (1972), *La genealogía de la moral*, trad. esp. A. Sanchez Pascual, Alianza, Buenos Aires 1972.
- K. RAHNER (1967), *Escritos de Teología III*, trad. esp. J. Molina-L.G. Ortega-A.P. Sanchez Pascual-E. Lator, Taurus, Madrid 1967.
- ERASMO DE ROTTERDAM (2012), *Discusión sobre el libre albedrío*, trad. esp. E. Rivas, El cuenco de plata, Buenos Aires 2012.
- R. OTTO (1917), *Lo sagrado*, trad. esp. E.G. Belsunce, Claridad, Buenos Aires 1917.
- M. UNAMUNO (1984), *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, Orbis, Madrid 1984.